



Un arte para el hombre. El compromiso intelectual en *Sur* y *Contorno*

Judith Podlubne¹

Universidad Nacional de Rosario. CONICET
judithpodlubne@gmail.com

Resumen: El artículo retoma y desarrolla algunas conclusiones parciales derivadas de mis investigaciones anteriores a partir de un interrogante suscitado por declaraciones recientes de Ricardo Piglia: “¿qué significa insistir hoy en la revisión de la tradición de *Sur*?”. Los primeros párrafos analizan el alcance que tuvo la noción de “compromiso” en la revista de Victoria Ocampo y delimita las condiciones que hicieron posible la temprana atención dedicada a Jean Paul Sartre. El párrafo final revisa, a partir de este análisis, el malentendido, cristalizado por *Contorno*, que identifica a los escritores de *Sur* como continuadores epigonales de la vanguardia martinfierrista, defensores de un arte gratuito y desinteresado, para postular en su lugar la idea de que, tanto para la mayoría de los miembros de *Sur*, como para los de *Contorno*, la idea del “compromiso intelectual”, en sus distintas versiones, resultó una vía de acceso privilegiada a la literatura.

Palabras clave: crítica literaria argentina-Jean Paul Sartre; compromiso- Revista *Sur*-Revista *Contorno*

Abstract: The article takes up and develops some partial conclusions from my previous research from a question raised by recent statements by Ricardo Piglia: “What does it mean today to insist on reviewing the tradition of *Sur*?” The first paragraphs analyze the scope that took the notion of “commitment” in *Sur* and defined the conditions, linked to the literary debate, which made the early attention devoted to Jean Paul Sartre possible. The final paragraph checks out this analysis from the misunderstanding, crystallized by *Contorno*, which

¹ **Judith Podlubne** es doctora en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Investigadora Adiunta de CONICET. Profesora Titular de Análisis de Texto en la Escuela de Letras de la Universidad Nacional de Rosario y Directora de la Maestría en Literatura Argentina de la misma universidad. Es autora de *Escritores de Sur. Los inicios literarios de José Bianco y Silvina Ocampo* (Beatriz Viterbo Editora-UNR, Rosario 2011). “La lectora moderna. Apuntes para una biografía intelectual”. estudio preliminar a *Nacionalismo y cosmopolitismo en la literatura argentina*, de María Teresa Gramuglio, y una serie de artículos sobre narrativa y crítica literaria argentina en libros y revistas nacionales e internacionales. Como editora, publicó, junto a Martín Prieto, *María Teresa Gramuglio. La exigencia crítica. Quince ensayos y una entrevista*. (Beatriz Viterbo Editora-UNR, Rosario 2014).

identifies *Sur* writers as epigonous followers of the *martinfierrista* avant-garde, defenders of a free and disinterested art, to postulate the idea that for the majority of the members of *Sur*, as for those of *Contorno*, the idea of "intellectual commitment", in its different versions, was a means of privileged access to literature.

Key words: argentina literary critic- Jean Paul Sartre- commitment- *Sur* magazine-*Contorno* magazine

En una entrevista publicada en junio del 2012, Ricardo Piglia insiste en un viejo reclamo, la necesidad de revisar la tradición de *Sur*. Los términos en que se manifiesta la demanda son similares a los de las opiniones de 1979, recogidas en *Crítica y ficción*. A fines de los años setenta, Piglia era ya uno de los últimos escépticos sobre el valor de la herencia *Sur*. El célebre *dossier* publicado por *Punto de vista* en 1983 revertiría de modo definitivo muchos de los lugares comunes establecidos por el nacionalismo populista —en particular, pero no exclusivamente, por Juan José Hernández Arregui en *Imperialismo y cultura*.² A comienzo de la década del ochenta, revisar la tradición de *Sur* implicaba, como advertía Beatriz Sarlo (*La izquierda ante la cultura: del dogmatismo al populismo*: 23), desarticular las imágenes cristalizadas por “el sentido común compartido no sólo por los intelectuales populistas sino también por nutridas franjas de izquierda.” Piglia era un exponente ejemplar de los últimos. La sintaxis sagaz, epigramática, de sus formulaciones no alcanzaba a disimular la consistencia de los prejuicios que, varias décadas después, se mostrarían fortalecidos. El desarrollo que desde entonces alcanzaron los estudios sobre el grupo desalienta cualquier disputa en este sentido. Sin embargo, la persistencia de su demanda repite la pregunta en una dirección ajena a la de sus requerimientos. ¿Qué significa insistir hoy en la revisión de la tradición de *Sur*? En lo que sigue, una de las respuestas posibles.

La historia literaria argentina sitúa en la emergencia de la revista *Contorno* la fundación de la crítica contemporánea en nuestro país. A menudo, el relato que acompaña este mito fundacional subraya las diferencias, en su mayoría evidentes, que separan a *Contorno* de la revista *Sur*, su antagonista inmediata, y elude mencionar las continuidades que se establecieron entre ambas. Hace ya casi tres décadas, en 1985, Jorge Panesi advertía algunas persistencias significativas. Por un lado, señalaba que *Contorno* no proponía una concepción de la crítica radicalmente diferente a la de *Sur*, ni en su modo de proceder (no había una metodología específica que la dotara de unidad característica), ni en la tendencia a la fetichización de las grandes personalidades: “De una manera u

² Para un análisis de la interpretación inaugural que *Punto de vista* propuso de *Sur*, Podlubne (*El archivo Sur*. Algo más sobre la ‘operación Williams’). *Punto de vista*).

otra, ambas revistas cultivaban el tributo (negativo o positivo) a las grandes personalidades, los grandes hombres, las grandes subjetividades” (Panesi, Cultura, crítica y pedagogía en la Argentina: *Sur/Contorno*: 54). Por otro lado, agregaba, *Contorno* no presentaba una estética o una poética distintiva, salvo la derivada del compromiso existencialista sartreano del que difícilmente podría decirse que constituyera una instancia renovadora para los esquemas narrativos o la constitución de un código alternativo de lectura (*Crítica*: 52).

A pesar de que estas advertencias permanecen indiscutidas, la idea de que *Contorno* significó una superación definitiva de los límites que marcaron la concepción literaria de *Sur* mantiene una vigencia crítica general, resistente a ahondar en matices y precisiones. No hay dudas de que la novedad radical que aportaron los jóvenes contornistas reside en la postulación de una crítica política de la cultura. Allí alcanzaron una coherencia mayor y establecieron su máxima diferencia.

“Por sobre todo —afirman Nora Avaro y Analía Capdevila—, los jóvenes del '50 se quisieron intelectuales comprometidos en el ámbito de su propia actividad, proclamaron con Sartre la función social de la literatura y se designaron a sí mismos funcionarios *ad hoc*.” (*Denuncialistas. Literatura y polémica en los '50*: 11)

En el marco extenso de la historia cultural argentina, la intervención contornista tuvo un carácter fundamentalmente ideológico antes que estético o literario. Considerada un ámbito transitivo, una superficie privilegiada para aprehender las marcas de la historia y la política, la literatura (la novela, específicamente) resultó “una pieza central pero no excluyente” (Panesi, Cultura, crítica y pedagogía en la Argentina: *Sur/Contorno*: 52). En esto no se apartaron demasiado de sus predecesores de *Sur*; los distinguía sin embargo que allí donde aquéllos encontraban los signos del espíritu, los contornistas supieron leer las señas de la historia. Para unos y otros, la idea del compromiso intelectual, en sus distintas versiones, resultó una vía de acceso privilegiada a la literatura.

A diferencia de lo que podría presuponer una lectura interesada en profundizar la contraposición entre ambos grupos, la teoría del compromiso sartreano —que, tal como se ha establecido, constituyó para los intelectuales

argentinos de izquierda el imperativo de las décadas siguientes al derrocamiento del peronismo— encontró entre los miembros de *Sur* una recepción atenta e inmediata. Resulta obvio señalar que esta atención no se vio motivada por la naturaleza política de la intervención de Sartre. *Sur* mantendría hasta el final sus reservas sobre la participación de los intelectuales en materia partidaria. El interés por Sartre se vio propiciado por el carácter declaradamente humanista de su teoría. La concepción del hombre que dominaba en la revista respondía fundamentalmente a los dictados del personalismo francés, contra los que se definía en parte la variante historicista que proclamaba el existencialismo sartreano. No obstante, los cruces y las asimilaciones entre distintos aspectos de ambas posturas fueron frecuentes en las páginas de *Sur* durante la segunda mitad de la década del cuarenta. Panesi (Cultura: 54) apuntaba que el existencialismo sartreano no había sido un convidado de piedra en la revista de Victoria Ocampo. Oscar Terán (Nuestros años sesenta: 17) señalaba que *Sur* había presentado al lector argentino la traducción de *La chambre*, cuando Sartre era todavía un filósofo escasamente conocido, y de allí en más había reseñado su obra en sucesivas ocasiones. Los testimonios contornistas registran, además, que los jóvenes críticos leyeron a Sartre por primera vez en las ediciones de *Sur*³. “*Sur*, sostenía John King (*Sur. Estudio de la revista argentina y de su papel en el desarrollo de una cultura 1931-1970*: 168), reproduciría artículos de *Les Temps Modernes* —el artículo de Sartre, “Portrait de l’antisémite” [*Les Temps Modernes*, diciembre de 1945] sería un ejemplo temprano—, pero como Camus, siempre desconfiaría de la definición de compromiso en la literatura”. Interrogar el alcance de esta afirmación desde la perspectiva que ofrece el debate literario de la revista *Sur* en estos años es el propósito inicial de las notas siguientes. Se trata de delimitar las condiciones, vinculadas con ese debate, que hicieron posible la temprana atención dedicada a Sartre en *Sur*, para revisar a partir allí la

³ “Las generaciones posteriores de sus lectores no imaginan —cuenta Juan José Sebreli (*Los ‘martinierristas’: su tiempo y el nuestro*: 154) — el deslumbramiento que el existencialismo podía provocar en un adolescente de diecisiete años cuando la boga sartreana estaba en su apogeo. Entre 1947 y 1948, mientras estudiaba en la escuela normal, las editoriales *Sur* y *Losada* publicaron los primeros libros de Sartre en castellano, *El existencialismo es un humanismo*, *La náusea*, sus piezas de teatro. [...] Era tal mi pasión que ni las malas traducciones lograron empañar la fascinación provocada por sus obras.”

imagen de la revista que impulsaron los contornistas y avanzar en el análisis de las continuidades que se registran en la forma en que tanto *Sur* como *Contorno* definieron la aproximación a la literatura.

La causa del hombre

A pocas semanas de la aparición de *Les Temps Modernes* y de la aclamada conferencia que Sartre pronunció en París unos días después bajo el título “*El existencialismo es un humanismo*”, el 9 de diciembre de 1945, Victoria Ocampo convocó en su casa de San Isidro a una charla con Jean Guéhenno sobre el problema de la literatura gratuita y la literatura comprometida⁴. Reconocido pacifista de izquierdas sin filiación partidaria, Guéhenno había tenido una intervención destacada en la lucha antifascista durante los años de entreguerra y estaba en la Argentina invitado por el *Institut Français d'Etudes Supérieures de Buenos Aires*, dirigido por Robert Weibel Richard. Además de prolongar el debate “Moral y literatura” que el verano anterior habían mantenido muchos de los integrantes más representativos de la revista, tal como la propia Victoria recordó durante el encuentro, el tema de la charla, que había sido propuesto por Guéhenno, retomaba una cuestión candente para los escritores europeos⁵.

Para los intelectuales (franceses) de 1945, —sostienen Pascal Ory y François Sirinelli (Los intelectuales en Francia. Del caso Dreyfus a nuestros días: 179) — comprometerse e[ra] un deber. Ciertamente en los años treinta se había visto a escritores y artistas, unos en nombre del antifascismo, otros del anticomunismo, participar en la lucha política y, en ese plano, los años treinta se anticipa[ban] indiscutiblemente a 1945.

La idea del compromiso, que a menudo se atribuye a Sartre y se fecha en los primeros años de la posguerra, contaba para entonces con una tradición extensa, cuyas raíces se remontaban probablemente hasta el *affaire Dreyfus* y se

⁴ La nómina completa de los asistentes al encuentro, además de Guéhenno, es la siguiente: Victoria Ocampo, Vera Macarov, Wladimir d'Ormesson, Félix Gattégno, Robert Weibel Richard, Julio Rinaldini, Eduardo Mallea, Paul Benichou, Ángel Vasallo, Pedro Henríquez Ureña, Luis Reissig, Ernesto Sábato, Mariano Picón Salas y María Rosa Oliver.

⁵ Analicé el debate “Moral y literatura” en Podlubne (137-170)

confundían con el nacimiento mismo del concepto de intelectual en la cultura moderna. Como sostiene Herbert Lottman (*La rive gauche. La élite intelectual y política en Francia entre 1935 y 1950* : 93), querer decidir cuándo comienza la historia del compromiso intelectual plantea un problema. Las tensiones de los años previos a la Segunda Guerra, el espíritu del Frente Popular y luego el ánimo combativo de la Resistencia revivieron esa tradición con una intensidad que contribuyó a acelerar su clausura. Sartre fue el último avatar de un pensamiento frente al cual *Sur* no había permanecido indiferente. Su idea del intelectual constituía, como acertó Ana Boschetti (*Sartre y Le Temps Modernes*), la “apoteosis mundana” del modelo del santo y el profeta⁶.

Desde mediados de los años treinta, el tema de la misión y la responsabilidad de los intelectuales en el mantenimiento y desarrollo de la cultura fue una preocupación medular en las colaboraciones y debates de la revista. No hay dudas de que la independencia del escritor —esto es, su autonomía de los problemas temporales y el consecuente compromiso con los valores morales de la persona humana—, constituyó un núcleo de fuerte consenso entre sus integrantes, pero, como se ha señalado ya, la defensa de la autonomía no redundó en desinterés frente a las principales discusiones de la época. María Teresa Gramuglio (“*Sur* en la década del treinta: una revista política” y “Las minorías y la defensa de la cultura. Proyecciones de un tópico de la crítica literaria inglesa en *Sur*”) se ocupó especialmente de discutir esa imagen cristalizada de la revista. Sus artículos no sólo iluminaron los efectos y los límites políticos de la intervención *Sur* sino que además exploraron las fuentes ideológicas en que se sustentó la configuración de intelectual que la revista definió en esos años. Según estableció Gramuglio, el tópico de las élites intelectuales y de sus funciones en el mantenimiento y desarrollo de la cultura frente a los avatares del cambio social ingresó a *Sur* a través de mediadores importantes, como T.S. Elliot, quien fue un impulsor de las funciones de las minorías culturales en la crítica literaria inglesa del siglo XIX, Julien Benda, cuya elaboración de la figura del *clerc* se nutrió de la tradición francesa, y José Ortega

⁶ Sobre este punto, consultar Boschetti. Especialmente, el párrafo “Las funciones del profetismo de Sartre”.

y Gasset, que recogió algunos modelos provenientes del pensamiento alemán. John King (*Sur. Estudio*: 81-85) señaló además otra fuente importante cuya influencia resultó igualmente decisiva: la corriente de ideas proveniente de movimientos europeos católicos no ortodoxos, como el humanismo integral de Jacques Maritain y el personalismo de Emmanuel Mounier, que se expresó en las páginas de la revista *Esprit*.

Si bien es conocido que tanto Julien Benda como los filósofos de *Esprit* fueron adversarios elegidos por Sartre en el momento de postular su doctrina del compromiso político —se ha dicho que su ensayo *¿Qué es la literatura?* puede leerse como una réplica a *La traición de los clerics*—, no es menos sabido que Benda, los personalistas de *Esprit* y el propio Sartre participaron de lo que Carlos Altamirano (*Intelectuales. Notas de investigación*) caracterizó como la tradición normativa del intelectual. Una tradición de matriz profundamente humanista, sustentada en una metafísica de la conciencia, que Jacques Derrida impugnó de modo definitivo en su conferencia “Los fines del hombre” de 1968:

Después de la guerra, bajo el nombre de existencialismo, cristiano o ateo, y junto con un personalismo fundamentalmente cristiano, el pensamiento que dominaba en Francia se tenía por esencialmente humanista [...]. Aunque el tema de la historia esté muy presente en el discurso de esta época, se practica poco la historia de los conceptos; y, por ejemplo, la historia del concepto de hombre no es interrogada nunca. Todo ocurre como si el signo ‘hombre’ no tuviera ningún origen, ningún límite histórico, cultural, lingüístico. Ni siquiera ningún límite metafísico. (Los fines: 151-152)

El humanismo, explicaba Derrida, era en esa época una especie de suelo común, desapercibido e incontestado, tanto de las distintas corrientes filosóficas y estéticas que recorrían el campo intelectual como de las diversas tendencias ideológico-partidarias que disputaban el ámbito político. El problema de la humanidad del hombre, una cuestión demasiado flexible, diversa e inconsistente, para retomar los calificativos que utiliza Michel Foucault en un ensayo posterior y en muchos sentidos afín al de Derrida, impregnaba desde el discurso liberal social-demócrata o demócrata cristiano hasta el discurso marxista. El marxismo era un humanismo, el existencialismo y el personalismo también, afirmaba

Foucault (¿Qué es la Ilustración?: 346). Si retomo esta descripción totalizadora y provisoria de la época, una descripción que alude a sus rasgos dominantes sin pretender reducirla a ellos, es porque en el terreno de la discusión literaria, sobre el que me interesa avanzar más específicamente, ese “suelo común” se traduce en una compartida y enérgica impugnación hacia los llamados representantes del arte puro o del arte por el arte. Más allá de las profundas diferencias filosóficas, políticas e ideológicas existentes entre Sartre, Benda y los intelectuales de *Esprit*, todos acordaban en atribuir una función testimonial (sea espiritual o social) a la escritura y en condenar la tendencia literaria surgida con Mallarmé y el simbolismo, prolongada por las escuelas de vanguardia e identificada desde las primeras décadas del siglo XX con la *Nouvelle Revue Française* de André Gide. La “crisis del lenguaje” que habían promovido los defensores del arte puro era, tanto para Sartre como para Benda —que publicó su furibundo estudio *La France Byzantine ou le triomphe de la littérature pure* unos meses antes de la Presentación de *Les Temps Modernes*—, un índice incontrastable del desinterés y la irresponsabilidad que estos escritores manifestaban hacia los principales problemas del hombre. Aún suscribiendo a concepciones antagónicas de lo humano y atribuyendo al ejercicio literario finalidades opuestas, Sartre y Benda reconocieron adversarios comunes y promovieron alternativas estéticas afines. Ambos reivindicaron una concepción instrumental del lenguaje y alentaron una revalorización tardía de las cualidades retóricas de la forma literaria. El compartido ímpetu antimallarmeano de sus posiciones devolvía las reflexiones sobre el lenguaje y la literatura al apacible dominio de la expresividad humana. Conservar el valor comunicativo de la palabra, depurarla de sentidos derivados y arbitrarios, convertirla en un instrumento de precisión cada vez más afinado e imperceptible, era la misión curativa, que, frente a los efectos deshumanizadores del arte moderno, asumían los escritores identificados con la llamada “causa del hombre”.

El horror de la gratuidad

Desde su inicio, la conferencia que Guéhenno dio en casa de Victoria Ocampo, y que se publicó en la sección “Debates de *Sur*”, en el número 138 (abril 1946) de la revista, situó las diferencias entre compromiso y gratuidad en el horizonte general de ese diagnóstico, marcadamente galocéntrico, compartido por los intelectuales de distintos signos, y que sostenía que la literatura pura dominaba no sólo en Francia, sino en todo el mundo, desde hacía más de tres décadas. Contra esta tendencia, Guéhenno afirmaba:

No hay pues literatura gratuita; hay una hipocresía de la gratuidad. Prefiero a quienes consideran que es mejor jugar lealmente sabiendo lo que se pone en juego, y que aprecian el riesgo de escribir. [...] no cabe duda de que todo libro es un testimonio. [...] no creo que nada de lo humano tenga sentido si se coloca fuera del hombre. Todo el arte se hace para el hombre. No puede concebirse un libro que no se haga para leerse, una estatua que no pudiera mirarse.

Creo que lo que decide la elección entre la literatura gratuita y la literatura comprometida es *la idea que uno tenga del hombre*: se deja llevar a la literatura gratuita a aquel a quien interesan sus diferencias con los demás; al otro, en cambio, le tientan sus semejanzas. (Intervención en AA.VV. Debate “Literatura gratuita y literatura comprometida: 107)

Entre noviembre de 1935 y noviembre de 1938, Guéhenno había sido director, junto a André Chamson y Andrée Viollis, de la revista *Vendredi*, en palabras de Lottman, “el aporte más original de los escritores al Frente Popular” (*La rive gauche*: 152). La intención inicial del semanario había sido reunir a representantes de un amplio espectro de opiniones, desde los comunistas hasta los católicos, “desde Gide hasta Maritain”, según proclamaba el primer número, siempre que todos apoyaran la causa antifascista. A fines de 1937, esa intención mostró algunas de sus aristas principales: Guéhenno discutió públicamente con André Gide sobre la forma que debía adoptar la intervención de los escritores. El desencadenante de la discusión fue la negativa de Guéhenno a que *Vendredi* publicara un escrito de Gide, titulado “Lo que corresponde”, en el cual contestaba las acusaciones que le había dirigido Ilya Ehrenburg a causa de una

protesta contra el gobierno de la República Española, y que Gide había firmado con otros intelectuales. Gide envió una “Carta abierta a *Vendredi*” reclamando por esa negativa y Guéhenno le contestó con su extensa “Carta abierta a André Gide”. La respuesta de Guéhenno arremetió contra el individualismo del novelista y las oscilaciones ideológicas a lo que lo había conducido su afición a las diferencias⁷:

Hay que pensar, querido André Gide, que usted utilizó la política como la literatura: para descubrirse a sí mismo. Nosotros hemos dado a *Vendredi*, esto es un hecho, un sentido muy distinto del compromiso político [...].

Y párrafos más adelante agregaba:

“[...] cuando hacemos *Vendredi*, no pensamos hacer nuestra biografía particular. La política no es para nosotros biografía. Estamos interesados en servir, cada uno de acuerdo a sus medios, a una causa común. [...] Tenemos horror al acto gratuito. Estamos comprometidos, para decirlo de una vez (Intervención: 150).

Sus discrepancias con Gide, una figura central de la intelectualidad francesa de entreguerras, admirada por muchos de los integrantes más conspicuos de *Sur*, fueron el centro a partir del cual Guéhenno presentó su perspectiva en el encuentro con los colaboradores y allegados de la revista.

La reunión giró básicamente y muchas veces en falso sobre la definición misma de la idea de compromiso. Con excepción de Paúl Bénichou, que parecía el único participante dispuesto a complejizar el antagonismo planteado al señalar una moral inmanente a lo estético, el resto adhirió en líneas generales a la perspectiva que propuso Guéhenno. Su posición se enunciaba de modo directo contra las consecuencias fatales de un arte reducido a la impersonalidad y al juego formal.

El único compromiso válido —afirmaba— es el que se refiere a lo humano. Hay que volver a [...] un compromiso de fidelidad con el hombre, es decir, con nosotros mismos, [...] al sentimiento más o menos lúcido de que existe una humanidad por salvar: esa preocupación —concluía— no la encuentro en ese arte que llamo gratuito (Intervención: 110).

⁷ Esta serie de escritos y cartas abiertas fueron compilados por Ivonne Davet en Gide, André: *Literatura comprometida* (1956)

Se trataba para Guéhenno de asumir una responsabilidad que no negara el compromiso político sino que lo trascendiera. “Esa fidelidad —afirmaba— no excluye lo político, pero si en lo que hice no se advirtiera otra dirección que la política, nada de lo mío valdría mucho porque no fue esa mi intención” (Intervención: 111). Todo el debate transcurrió por los andariveles acreditados de los ideogramas morales que caracterizaron el discurso intelectual y literario de *Sur* desde mediados de los años treinta. La reivindicación de una misión humanista para los escritores se afirmaba en la condena de la gratuidad estética. Guéhenno no ahorra enunciados altisonantes para manifestar su rechazo (“Siento una profunda aversión por esa literatura que es sólo juego”; “Hoy nos hiere más la gratuidad porque es inmensa la tarea por cumplir”) y varios de los colaboradores de *Sur*, Pedro Henríquez Ureña y el joven Ernesto Sábato, entre ellos, secundaron su indignación.

En el caso de Sábato, esa indignación, que prolongó con un oportunismo evidente las diferencias con Borges sobre las que venía insistiendo en la revista, manifestó en forma indirecta sus tempranas lecturas existencialistas: la de Mounier, desde ya, pero también la de Sartre. “¿Cómo puede decirse que un hombre construye una obra sobre la base de sí mismo?”, reclamaba Sábato (Intervención en AA.VV. Debate “Literatura gratuita y literatura comprometida: 118) frente a las aspiraciones narcisistas de los artistas puros. La pregunta se saldaba de inmediato acudiendo al principio capital de los distintos existencialismos: el que afirmaba la prioridad de la existencia sobre la esencia.

Un hombre en sí mismo no existe —afirmaba Sábato. Un hombre existe solamente en relación con el mundo que lo rodea. Creo que la pintura que ha hecho Proust en su obra no es una pintura de Proust: es una pintura del mundo que rodea a Proust a través de su propio temperamento. Si *engagement* es relación con el mundo, con ese mundo de “otro”, [...] creo que Proust es un hombre *engagé*. Proust no está hablando de la luna; está hablando del mundo que lo rodea, está hablando de los otros.

El problema no es de independencia entre uno y el mundo que lo rodea, porque todos estamos en dependencia con el mundo que nos rodea; hasta aquellos que no lo parecen. El problema está en determinar qué clase de ‘compromiso’ nos gusta.” (Intervención: 118)

Como el hombre en general, para Sábato, el artista no podía escapar a su historicidad, estaba sujeto a la relación con el mundo, a la presión de las circunstancias. Con Sartre y contra Borges, su intervención, afirmaba, no se podía evitar elegir, no había modo de no responsabilizarse. El artista se definiría en relación con el compromiso que elige. Así, mientras él mismo elegía comprometerse con la defensa de la humanidad, Borges prefería seguir comprometido con su literatura⁸. El comentario era elocuente no sólo del interés que despertaban estas ideas en algunos de los colaboradores de *Sur*, sino también (y este es el aspecto más relevante) de cómo se entrecruzaban, se equiparaban y asimilaban con preocupaciones de larga data en la revista. El imperativo del compromiso intelectual con la llamada “causa del hombre”, la idea de que un escritor no debía sustraerse a los debates de su época y el consecuente rechazo a la irresponsabilidad de quienes suscribían al arte por el arte, eran tópicos establecidos entre la mayoría de los integrantes de *Sur* cuando Sartre proclama su doctrina. De allí que la revista publicase en un lugar central del número 147/8/9 (ene-feb-mar 1947), dedicado a las Letras Francesas, y a pocas páginas de “La crisis de la literatura contemporánea y la juventud”, un texto de Benda que anticipaba las conclusiones generales de *La France Byzantine...*, la primera versión al español de “El existencialismo es un humanismo”, junto a la “Introducción” de *Les Temps Modernes*, el principal manifiesto de su teoría del compromiso. Pero no se trata sólo de atender a estas decisiones editoriales, que alguien podría leer sin más como resultado de un arrebatado snob de su directora. Hay que considerar además que ese mismo año la editorial *Sur* publicaba la conferencia en forma de libro y, una década y media

⁸ En esta oportunidad, la discrepancia frontal que Sábato mantiene con Borges se torna explícita en las páginas de la revista. En algunas ocasiones anteriores, había manifestado sus reservas de un modo indirecto. Luego de establecer su posición, Sábato agrega: “La clase de *engagement* que me gusta a mí, probablemente —y esto prueba que estoy hablando con entera buena fe—, no es la clase de *engagement* que le gusta a Borges, por ejemplo. El tiene su punto de vista, tiene su literatura, que es perfectamente lícita desde su ángulo. Como es lícita una música atonal o diatonal, o es lícita una geometría euclidiana o no euclidiana.

Más que un problema literario o artístico, es éste un problema moral, un problema de conducta. Problema moral que hoy se agudiza, porque estamos en un mundo formidablemente desquiciado, terrible, angustiante. Estamos en un mundo en el cual se plantea, entonces, el problema operativo de la literatura” (Intervención: 118).

después, la reeditaba junto al ensayo de Martin Heidegger en un volumen titulado *Sobre el humanismo*. Si bien para el momento de esta reedición, la lectura de Sartre dentro y fuera de la revista había variado sensiblemente desde su primera recepción —la confrontación con las tesis de Heidegger a la que invita el volumen es índice de las revisiones que afectaron su interpretación en este ámbito—, la publicación explícita con demora el ánimo humanista que alentó el interés inicial y promovió que se lo leyera con expectativas.

De un modo más esquemático, sin las rugosidades y discrepancias que presentó el debate “Moral y literatura” desarrollado unos meses antes, “Literatura gratuita y literatura comprometida” fortaleció el consenso general que la mayoría de los miembros de la revista había establecido en torno a los dictados del humanismo literario. Por varias razones, y tal como argumenté en otra oportunidad, “Moral y literatura” resultó un momento clave en el desarrollo del debate literario de la revista (137-170). Sus participantes, entre ellos varios de los integrantes más representativos del grupo: Victoria Ocampo, José Bianco, Ricardo Baeza, Luis Emilio Soto, Roger Caillois, Francisco Romero, sellaron un acuerdo de base centrado en la idea de que el valor estético de la obra literaria se definía a partir de la estricta convergencia de una cuidada elaboración formal y un irrenunciable contenido humano. El acuerdo, que relativiza la difundida opinión de King (*Sur*. Estudio: 89) acerca de que la revista carecía de normas estéticas explícitas, se apartaba, por un lado, de quienes como Enrique Anderson Imbert, Pedro Heriquez Ureña y el propio Eduardo Mallea desconocían la importancia de la forma y defendían posiciones de exclusivo tenor contenidista. Por otro, registraba una distancia máxima con los argumentos de Jorge Luis Borges, quien de un modo sesgado y cauteloso de no extremar las diferencias, afirmaba la irreductibilidad de la literatura a las variables retóricas que el debate proponía⁹.

A pesar de no haber asistido a ninguno de estos encuentros, pocos años después de transcurridos ambos debates, Guillermo de Torre pasaba en limpio las conclusiones de “Literatura gratuita y literatura comprometida” en una

⁹ Para una caracterización de estas posiciones, cfr. Podlubne (153-162).

dirección que articulaba el consenso estético de la revista con los intereses de Sartre. La tercera parte de su libro *Problemática de la literatura* (1951), compuesto a partir de una serie de conferencias dictadas entre 1948 y 1949, no sólo planteaba una continuidad sin fisuras entre la idea de compromiso defendida por los personalistas y la de Sartre, sino que además proponía una versión *sui generis* de la literatura comprometida ajustada a los intereses de *Sur*. Para de Torre, que en este punto repetía modificados algunos enunciados anteriores que le permitían autodesignarse como un “precursor parcial de Sartre” (*Problemática de la literatura*: 164), el escritor sólo accedía a lo intemporal cuando escribía para su época. Lejos de cualquier paradoja, su defensa de la historicidad encontraba un respaldo temprano en ciertos enunciados de Ortega y Gasset que habrían anticipado al propio Sartre (la idea de “circunstancia”, por ejemplo, prefiguraría la de “situación”) y se encaminaba en dirección al alcance trascendente que el propio Sartre le atribuía a la relación con la época. “[...] al tomar partido en la singularidad de nuestra época, —afirma el conocido fragmento de la “Presentación a *Les Temps Modernes*” que de Torre retoma— enlazamos finalmente con lo eterno, y nuestra tarea de escritores consiste en hacer entrever los valores de la eternidad que se hallan implicados en los debates sociales y políticos.” (Sartre, *¿Qué es la literatura?* Situations II: 12) Inspirada por el ideal de convergencia que se había establecido en “Moral y literatura”, un ideal que se pretendía superador mientras se mostraba irrealizable, la perspectiva de de Torre impugnaba a la vez la actitudes de aquellos escritores que “sacrifican todo a lo inmediato” como la de los que, empeñados en escribir para la eternidad, privaban a la obra de “la palpitación viva que les otorga el engarce con la época” (*Problemática*: 168). Su versión de la literatura comprometida —a la que proponía designar como “literatura responsable”, puesto que se afirmaba ante todo en la responsabilidad insoslayable del escritor— respondía al mismo tiempo a las “exigencias conjugadas del espíritu sin fechas y de la época dada” como a la concordancia eficaz de los medios expresivos y los fines ideológicos (*Problemática*: 169). Según las conclusiones que había arrojado ya “Moral y literatura”, la idea de “literatura comprometida” así definida tenía un alto consenso entre los principales

miembros de la revista, quienes veían realizadas a través de ella sus proverbiales expectativas de justo medio, enlazándola con sus no menos proverbiales intereses de actualidad.

Comienzo y fin de una época

Publicado varios años después “Literatura gratuita y literatura comprometida”, en noviembre de 1953, el primer número de la revista *Contorno*, inauguró en sus artículos iniciales, ambos con carácter editorial, un malentendido persistente en la historia de la crítica literaria argentina: el que identificaba a los escritores de *Sur* como continuadores epigonales de la vanguardia martinfierrista y derivaba de esa identificación el apego a un arte gratuito y desinteresado, signo de la decadencia espiritual, cultural y estética por la que atravesaba el país¹⁰. “Los ‘martifierristas’: su tiempo y el nuestro”, de Juan José Sebreli, y “La Traición de los Hombres Honestos”, de Ismael Viñas, configuraron el adversario inmediatamente anterior contra el que se definía la generación contornista. Para Sebreli, que en ese momento aún colaboraba en *Sur* y cuyas lecturas del último Sartre se habían vuelto evidentes en el artículo “Celeste y colorado”, publicado en el número 217/8 de la revista (nov-dic.1952), el movimiento martinfierrista:

“exhala[ba] una esotérica arrogancia, una altanera presunción de compartir valores intransferibles, de pertenecer a una especie de orden de exclusividad: la francmasonería de la juventud. Son jóvenes que se creen con derecho a la vida, porque son jóvenes, como la ‘élite’ se cree con derecho a mandar por ser la más apta.” (Los ‘martifierristas’: su tiempo y el nuestro: 1)

El deslizamiento de la vanguardia a la élite que propiciaba el enunciado final se sustentaba en estereotipos de larga data, que tanto Sartre como Benda ayudaron a consolidar: el que asimilaba el arte puro con el culto a valores

¹⁰ A mediados de los años noventa, un artículo de Eduardo Romano sobre la fundación de la revista todavía prolongaba esta idea. Romano afirmaba que “la aparición de la revista [...] era resultado de la reacomodación de un núcleo significativo de escritores argentinos, cuyo pasaje de la vanguardia irreverente a la ‘sensatez’ se cumplía a través del puente intermedio de otra publicación periódica: *Síntesis* (1927-1930).” (Nace *Sur*, entre el final de *Síntesis* y las elecciones de abril de 1930: 33)

contemplativos desprendidos de los asuntos temporales y reconocía a sus seguidores como miembros de una minoría privilegiada. Si bien se señaló a menudo cuánto le debía a la propia figuración del grupo, y a su estrategia de posicionamiento en la escena intelectual, la imagen festiva, lujosa e improductiva que los contornistas compusieron de sus adversarios, se atendió poco sin embargo a las coincidencias parciales que la construcción de esa imagen pasaba por alto. A mediados de los años cuarenta, el humanismo literario de *Sur* ya había manifestado una distancia explícita con las expresiones artísticas de la vanguardia y había reforzado su adhesión a un arte comprometido. La “causa del hombre” y el “horror de la gratuidad” eran, con todas las particularidades que habría que especificar, principios compartidos por la mayoría de los miembros de *Sur* y *Contorno*.

Indiferentes a esas coincidencias, los artículos de Sebrelí y de Viñas, textos que es preciso leer encabalgados para apreciar a pleno su sentido programático, establecieron la convicción de que la emergencia de *Sur* era resultado directo del asentamiento experimentado por el grupo de escritores que se habían iniciado en el martinfierrismo. La imagen que Sebrelí proponía era elocuente y de enorme fuerza persuasiva:

La generación posterior a *Martín Fierro*, gestada entre 1930 y 1943, y que ahora empieza a dar sus frutos en obras de tonalidad gris, opaca, deliberadamente monótona [...] es una generación que vive el día después del coito, el triste amanecer cuando la alegría se ha vuelto tedio, la borrachera fatiga y todos sienten náuseas, pesadez de cabeza, y un sabor amargo en la boca.” (Los ‘martinierristas’: 1).

Ismael Viñas retomaba esta idea al afirmar que “los hombres de espíritu de la generación del 25” constituían “el lamentable epílogo a una época cuyos albores fueron de algarada” (La traición de los Hombres Honestos: 3) y avanzaba sobre la crítica lapidaria de ese momento final¹¹. Mientras “Los martinfierristas: su tiempo y el nuestro” describía los años de rebeldía juvenil, postulando una

¹¹ En “Posiciones, transformaciones y debates en la literatura argentina” (2001), el extenso estudio dedicado a releer la dinámica literaria y cultural de los años treinta, María Teresa Gramuglio revisó el mecanicismo historiográfico que trasladaba las evaluaciones de la esfera política a la literaria y analizó los estereotipos que contribuyeron a sostener la contraposición “los locos años veinte” a “los tristes treinta”.

correspondencia directa entre el fracasado ánimo rupturista de la vanguardia y el del yrigoyenismo, “La Traición de los Hombres Honestos”, cuyo título exhibía un irónico tenor bendiano, evaluaba el paso a la madurez como el momento de máxima renuncia a los deberes inmediatos. “*Contorno* se origina —afirma Sarlo— en la negación del juvenilismo, pero nace también de la defección de los que deberían ser ‘sus maestros’” (Los dos ojos de *Contorno*: 3). La renuncia de los mayores exigía (y justificaba) la tarea que los denuncialistas se autoasignaban: “Sentimos que de algún modo somos responsables por lo que los representantes del intelecto, por lo que los hombres del espíritu no han hecho. Aún más por sus omisiones que por sus actos nos sentimos culpables.” (Viñas, *La traición de los Hombres Honestos*: 3). El credo sartreano estaba en marcha: el puro compromiso espiritual era un compromiso inauténtico, mistificador. La figura del *clerc*, entregado a la custodia de los valores intemporales, representaba la del cómplice guardián de la ideología dominante. “[...] parece haber sido demostrado —concluía I. Viñas— que la sola fidelidad al espíritu es traición del espíritu. Y que, sin juegos de palabras, termina en traición al espíritu” (*La traición*: 3). Atender al propio contorno se tornaba ineludible, no había lugar para la quietud ni el acto gratuito. Dado que el hombre era responsable incluso de sus abstenciones, había que transformar ese compromiso de hecho en una elección libre, consciente y voluntaria. Se imponía la acción práctica, directa y situada. El escritor debía dirigirse a sus contemporáneos; sólo el interés en las urgencias y necesidades de la época lo preservarían de la abstracción y el espiritualismo. “No nos haremos eternos corriendo tras la inmortalidad —advertía Sartre —; no seremos absolutos por haber reflejado en nuestras obras algunos principios descarnados [...], sino por haber combatido apasionadamente en nuestra época, por haberla amado con pasión y haber aceptado morir totalmente con ella” (¿Qué es la literatura? *Situations II*: 12).

Afirmar la propia historicidad no implicaba, según se ha visto, renunciar a la trascendencia. Entrelazados con los fines políticos y sociales que se le atribuyeron, la literatura mantuvo intactos sus propósitos morales. “Aunque la literatura sea una cosa y la moral otra muy distinta, advertía Sartre, en el fondo

del imperativo estético discernimos el imperativo moral.” (¿Qué es la literatura?: 85). Convencidos de la premisa, los jóvenes contornistas la asumieron de inmediato, con seriedad militante. “No queremos que [las palabras] nos asusten ni nos agraden [...], decía Viñas. Esperamos que, simplemente, nos sirvan” (La traición: 3). Su anhelo manifestaba la adhesión directa al carácter utilitario y expresivo que, tras la “crisis del lenguaje”, Sartre le otorgaba a la prosa. El declarado impulso antivanguardista de *Contorno* —dirigido no sólo contra el martifierrismo y sus pretendidos sucesores sino también contra las vanguardias contemporáneas (A partir de cero, Letra y línea Línea, los surrealistas de Pellegrini) — encontraba un motivo fundamental en la necesidad de preservar el tenor testimonial de la literatura. El testimonio era un medio indispensable para el ejercicio denunciante; la literatura funcionaba como documento de época. Si bien no hay dudas de que, tal como advirtió Juan Carlos Portantiero en 1957, lo que estaba en discusión para los jóvenes del cincuenta “no eran problemas de *literatura* simplemente, sino problemas de *actitud* frente al país y el pueblo” (La joven generación literaria: 28), resulta difícil no advertir que la actitud revisionista con que leyeron las tradiciones literarias y culturales argentinas y abordaron ciertos nombres centrales a dichas tradiciones se vio en gran medida condicionada por la perspectiva tradicional desde la que pensaron el lenguaje y la literatura.

Aun con las diferencias que introdujeron, los integrantes de *Contorno* prolongaron el debate literario en los términos establecidos por sus adversarios más próximos. Como los miembros de *Sur*, pero también como los críticos nacionalistas y los representantes de la izquierda nacional, los jóvenes de la nueva generación asumieron la alternativa entre compromiso y gratuidad como una opción ineludible para leer la literatura argentina. Renuente a la historicidad que proclamaban, la disyuntiva se les imponía como un dilema infranqueable y duradero.

Lo dulce o lo útil, así expresaba Horacio la antinomia: el arte por el arte o el arte por la vida, decían los briosos zurradores de los preceptos clásicos; literatura lúdica o literatura de compromiso, decimos ahora. Cada época, y dentro de ella cada hombre, tiñe de un carácter establecido la disyuntiva y su imperativo de embanderar a los

escritores en uno u otro de sus términos. [...] hoy siendo contemporáneos de las brillantes reflexiones que Sartre dedicó al problema remito al curioso a su obra *¿Qué es la literatura?* antes que repetirlo y repetirlo mal. (Prieto, Respuesta de Adolfo Prieto: 21)

A pesar del esquematismo de estas analogías, Prieto acertaba sin buscarlo al transmitir la impresión de que el manifiesto sartreano proponía, antes que nuevas condiciones para la discusión estética, el refuerzo actualizado de un dilema clásico. Sostenido en la variante remozada de la idea de compromiso difundida por Sartre, el revisionismo denunciador reordenaba, a partir de la antinomia establecida, una versión de la historia literaria argentina que las generaciones posteriores convirtieron en canon. En el interior de ese dilema, en la óptica recortada que instauraba esta alternativa, se definían los alcances y los límites de la tarea de modernización crítica impulsada por *Contorno*.

Se estableció hace tiempo que el “punto de viraje” o el “salto cualitativo” que, con derecho indiscutible, los hizo acreedores de un sitio inaugural en la crítica contemporánea se sustentaba sobre todo en los avances ideológicos que imprimieron al estudio de la literatura argentina. Sus aportes fundamentales se registraron en el plano de las ideas sobre la literatura y su relación con la política. El impacto metodológico que alcanzaron las nuevas técnicas de análisis que los jóvenes críticos desarrollaron para explicar ese vínculo fundó una tradición interpretativa poderosa en la crítica argentina: el enfoque sociológico de la literatura. Las transformaciones críticas promovidas por estos avances manifestaron, sin embargo, un impulso conservador, resistente a la teoría, diría Paul De Man, que los mantuvo involuntariamente ligados a sus antecesores. La adhesión a la perspectiva sartreana del lenguaje, una perspectiva que remitía “al estado más convencional de la teoría del signo” (Meschonnic, *Situation de Sartre dans le langage*: 163), les impidió desprenderse de una visión estética que, aunque marcada por convicciones políticas e ideológicas contrarias, los encontró unidos a sus contendientes en una idea expresivista y representativa de la literatura. *Contorno* fue, a la vez, un momento inaugural y el final de una época.

De Man (La resistencia a la teoría: 25) advertía que la resistencia a la teoría, momento inherente al discurso teórico, constituía en definitiva una resistencia a la dimensión tropológica del lenguaje, a la posibilidad de que el lenguaje contenga aspectos y factores irreductibles a la intuición y al acto comunicativo. Ese impulso refractario era el que se ejercía con determinación en el deseo de cuño sartreano que Ismael Viñas expresaba, con intenciones programáticas, en “La Traición de los Hombres Honestos”. La aspiración de que “las palabras, simplemente, nos sirvan”, esto es, de que transmitan un sentido consolidado del mundo, resultaba un anhelo convergente con el que José Bianco había proclamado en el debate “Moral y literatura”, al afirmar la necesidad de que las palabras “se borren ante la idea que intentan enunciar, para convertirse en vehículos imperceptibles de un significado” (Bianco, Intervención en AA.VV.: Debate “Moral y literatura: 70). En su versión menos elaborada, esa resistencia era también la que agitaba la consigna, repetida por David Viñas, pero no sólo por él, de que “la función del escritor era llamar al pan pan y al vino vino.” (Sastre, ¿Qué es la literatura? Situations II: 244). Gracias a ese impulso refractario, el acto literario se reducía a una práctica comunicativa, cuya capacidad de manifestación el escritor debía ejercer y preservar. Casi en los mismos términos de Bianco, Noé Jitrik afirmaba “el valor de una literatura [...] consiste en el buen uso de las palabras y no en la arbitrariedad de su empleo. Usarlas bien [...] es tener una conciencia aguda de su sentido y una urgencia impostergable de su aplicación” (Adán Buenosayres: La novela de Leopoldo Marechal: 39). Mientras para los integrantes de *Sur* esa urgencia respondía a la necesidad moral de dar cuenta de los ideales propios de la persona humana cuando los creían amenazados, para los jóvenes denuncialistas remitía en cambio a la exigencia (no menos trascendente) de comunicar el sentido de una realidad histórica determinada cuando experimentaban la necesidad de transformarla. Los contenidos diferían de un modo ostensible; perduraba intacta, sin embargo, una valoración instrumental del lenguaje contra la que Maurice Blanchot se había pronunciado tiempo atrás con un golpe radical. En “La literatura y el derecho a la muerte”, el ensayo de 1948 en el que respondía en forma oblicua a las

intimaciones de *¿Qué es la literatura?*, Blanchot advertía sobre la mala fe constitutiva de la creencia que atribuye un fin representativo a la escritura¹².

Como es natural, un escritor siempre puede fijarse como ideal llamar al pan pan y al vino vino. Pero lo que no puede obtener es creerse entonces en camino de la curación y de la sinceridad. Por el contrario, es más mistificador que nunca, pues ni el pan es pan ni el vino es vino, y quien lo afirma sólo tiene en perspectiva esta hipócrita violencia [...] (Blanchot, *La literatura y el derecho a la muerte*: 255).

El problema que arrastraba este enfoque era el de postular una literatura de acción cuyo sentido último estaba siempre establecido en otra parte.

Varias décadas después de la emergencia denunciadora, a fines de los ochenta, Sebrel insistía todavía en el planteo de una controversia cuyos principios se habían revelado anacrónicos antes incluso de la fundación de *Contorno*.

Aunque sé que voy a escandalizar a los críticos literarios [...], confieso sin culpa: más que la belleza busco en la literatura los problemas morales o, para usar una palabra desvalorizada, espirituales. Aunque admitiendo que la obra de arte es una unidad indisoluble entre el contenido y la forma, no puedo menos que declararme en contra de las tendencias formalistas hoy en boga, decidido partidario del 'contenidismo'. No me interesa el arte por el arte [...] (*Las señales de la memoria*: 109-110)

Tentada por el ánimo provocativo y patético de un escándalo extemporáneo, su confesión iluminaba *a posteriori* la continuidad de perspectiva que las disputas políticas habían opacado en su momento. El rechazo del arte puro se sustentaba, para unos y otros, en una reafirmación de las certidumbres clásicas del lenguaje. Con el rescate del vínculo forma y contenido, aún cuando entre los contornistas este rescate había manifestado claras modulaciones específicas, se anunciaba el retorno a una jerarquía estética determinada por la prioridad de un contenido eminente para la literatura. Entre el *humanismo personalista* de *Sur* y el *humanismo historicista* de los jóvenes del 50, se

¹² Originalmente Blanchot publicó este ensayo en *Critique* 18-20, Paris, 1948, luego lo incluyó en *La part du feu*, Paris: Gallimard, 1949.

mantenía indiscutida la exigencia de contrarrestar los efectos destructivos del arte moderno con el propósito de devolver el lenguaje al dominio del hombre.

Bibliografía:

AA.VV. Debate “Moral y literatura”. *Sur* 126 (abril 1945): 62-48.

AA.VV. Debate “Literatura gratuita y literatura comprometida”. *Sur* 138 (abril 1946): 105-121.

Avaro, Nora y Analía Capdevila. *Denuncialistas. Literatura y polémica en los '50*. Buenos Aires: Santiago Arcos editor, 2004.

Altamirano, Carlos. *Intelectuales. Notas de investigación*. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma, 2007.

Benda, Julien. “La crisis de la literatura contemporánea y la juventud”. *Sur* 147-149, (enero-marzo, 1947): 147-177.

---. *La traición de los intelectuales*. Buenos Aires: Efece Ediciones, 1974. [*La Trahison des clerics*. París: Grasset, 1927]

---. *El triunfo de la literatura pura o la Francia Bizantina*. Buenos Aires: Argos, 1948. [*La France byzantine; ou, Le triomphe de la littérature pure*, Mallarmé, Gide, Valéry, Alain, Giraudoux, Suarès, les surréalistes. París: Gallimard, 1945].

Bianco, José. Intervención en AA.VV.: Debate “Moral y literatura”. *Sur* 126 (abril 1945): 70-71.

Blanchot, Maurice. “La literatura y el derecho a la muerte”. *De Kafka a Kafka*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1991. 9-78.

Boschetti, Anna: *Sartre y Le Temps Modernes*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1990. [*Sartre et Les Temps modernes. Une Enterprise intellectuelle*. Paris. Les Editions de Minuit, 1985]

De Man, Paul. “La resistencia a la teoría”. *La resistencia a la teoría*. Madrid: Visor, 1990: 11-37. [1987]

Derrida, Jacques. “Los fines del hombre”. *Márgenes de la filosofía*. Madrid: Cátedra, 1989: 145-174. [1968]

De Torre, Guillermo. *Problemática de la literatura*. Buenos Aires: Losada, 1951

Foucault, Michel. “¿Qué es la Ilustración?”. *Estética, ética y hermenéutica*. Buenos Aires: Paidós, 1999. 335-352.

Gide, André. *Literatura comprometida*. Textos reunidos y presentados por Ivonne Davet. Buenos Aires: Editorial Schapire, 1956.

Gramuglio, María Teresa. "Posiciones, transformaciones y debates en la literatura". Cattaruzza, Alejandro (Director): *Nueva Historia Argentina. Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política (1930-1943)*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2001. 331-381.

---. "Las minorías y la defensa de la cultura. Proyecciones de un tópico de la crítica literaria inglesa en *Sur*". *Boletín/7* del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria de la Facultad de Humanidades y Artes: Universidad Nacional de Rosario, 1999: 71-77.

---. "*Sur* en la década del treinta: una revista política". *Punto de vista* 28, (noviembre 1986): 33-39.

Guéhenno, Jean. Intervención en AA.VV. Debate "Literatura gratuita y literatura comprometida". *Sur* 138 (abril 1946): 105-121.

King, John. *Sur. Estudio de la revista argentina y de su papel en el desarrollo de una cultura 1931-1970*. México: Fondo de Cultura Económica, 1989. [*Sur. Study of the Argentine literary journal and its role in the development of a culture 1931-1971*. Cambridge University Press, 1986].

Jitrik, Noé. "Adán Buenosayres: La novela de Leopoldo Marechal". *Contorno* 5-6, (septiembre 1955): 38-45.

Lottman, Herbert. *La rive gauche. La élite intelectual y política en Francia entre 1935 y 1950*. Barcelona: Tusquets Editores, 2006.

Meschonnic, Henri. "Situation de Sartre dans le langage", *Obliques* 18-19, (1979): 161-172.

Ory, Pascal y Sirinelli, François. *Los intelectuales en Francia. Del caso Dreyfus a nuestros días*. Valencia: Universitat de Valencia, 2007.

Panesi, Jorge. "Cultura, crítica y pedagogía en la Argentina: *Sur/Contorno*". *Críticas*. Buenos Aires: Norma, 2000: 49-64. Originalmente en *Filología* XXX, 1985: 13-17.

Piglia, Ricardo: *Crítica y ficción*. Buenos Aires: Seix Barral, 1986.

---. "La traducción como problema literario", Entrevista realizada por Alvaro Monge Arístegui, *Papel Máquina. Revista de cultura* 7, 2012: 191-207.

Podlubne, Judith. *Escritores de Sur. Los inicios literarios de José Bianco y Silvina Ocampo*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 2011.

---. "El archivo *Sur*. Algo más sobre la 'operación Williams'". *Punto de vista*. Podlubne, Judith y Prieto, Martín (editores): *María Teresa Gramuglio. La exigencia crítica. Quince ensayos y una entrevista*. Rosario: Beatriz Viterbo

Editora, 2014: 43-65.

Portantiero, Juan Carlos. "La joven generación literaria". *Cuadernos de la comuna* 29, (1957): 27-44.

Prieto, Adolfo. "Respuesta de Adolfo Prieto", *Ciudad* 2-3, segundo y tercer trimestre de 1955. Incluido en Avaro, Nora y Analía Capdevila: *Denuncialistas. Literatura y polémica en los '50*. Buenos Aires: Santiago Arcos editor, 2004: 164-168.

Romano, Eduardo. "Nace *Sur*, entre el final de *Síntesis* y las elecciones de abril de 1930", *Tramas* 5, (1996): 33-46.

Sábato, Ernesto. Intervención en AA.VV. Debate "Literatura gratuita y literatura comprometida". *Sur* 138 (abril 1946): 118-121.

Sarlo, Beatriz. "Los dos ojos de *Contorno*". *Punto de vista* 13, (noviembre, 1981): 3-8.

---. "La izquierda ante la cultura: del dogmatismo al populismo". *Punto de vista* 20, (mayo, 1984): 22-25.

Sartre, Jean Paul : *El existencialismo es un humanismo*. Buenos Aires: Sur, 1947. [Primera edición: *L'existentialisme est un humanisme*, París, Editions Nagel, París, 1946]

---. *¿Qué es la literatura ? Situations II*. Buenos Aires: Losada, 1950. [Primera edición: *Qu'est-ce que la littérature? Situations II*, París, Gallimard, 1948].

Sebreli, Juan José. "Los 'martinferristas': su tiempo y el nuestro". *Contorno* 1, (noviembre 1953): 1-2.

---. *Las señales de la memoria*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1987.

---. *El tiempo de una vida*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2005.

Terán, Oscar. *Nuestros años sesenta*. Buenos Aires: Puntosur, 1991.

Viñas Vantz, David. "Borges y la nueva generación, por Adolfo Prieto. Ed. Letras Universitarias, Bs.As., 1954". *Liberalis* 31-32, enero-junio, 1955. Incluido en Avaro, Nora y Analía Capdevila: *Denuncialistas. Literatura y polémica en los '50.*, Buenos Aires: Santiago Arcos editor, 2004: 170-175.

Viñas, Ismael. "La traición de los Hombres Honestos" *Contorno* 1, (noviembre 1953): 2-3.